

UN  
EUROPEO EN LOS  
ESTADOS UNIDOS DE  
AMÉRICA

*ON THE ROAD AGAIN*

Raúl Palma Gallardo

Las circunstancias mandan. Tener la línea del tiempo en nuestras manos, ¡qué sueño! Dad paso a la utopía, al paraíso, al hombre-dios, libertad ilimitada para vivir, soñar, reírse, crear, abrir horizontes... Mirar con ojos brillantes el futuro. Una estrella pulsa sus rayos desde el alma. La ve todo el mundo, pero solo tú la vives. Lo que diga la gente, palabras que se lleva el viento. La luz es demasiado fuerte. “Te ciega”, dicen. ¿Eso creen?, ¿a mí qué? Soy un ciego que veo. ¡Mejor para mí! La luz de la vida es hermosísima. “La luz del alma son los ojos”. *Dios dixit*. ¡Si no ves nada cómo vas a entenderlo todo! La Muerte está ahí. ¿Y? Cuando nació el mundo era un cuerpo atravesado por infinitas lanzas; mirarlo era ver un monstruo. No piel, todo cicatrices, un cuerpo bellísimo vestido de un tatuaje bestial, un mapa, el *Timeline* de las guerras mundiales, desde el día que Caín mató a Abel hasta el día de hoy. Sí, estoy ciego. En la obscuridad ¿quién ve? No se ve nada. Sólo tinieblas. Un universo vagando por un cementerio cósmico de naciones soñadoras. ¡El Poder Absoluto! Eso, el Imperio Universal. ¡De locos! Hablo con la Luna. Las estrellas están demasiado lejos. ¿Verán la mía? Si yo las veo a ellas ¿por qué ellas no van a verme a mí? ¡Es todo tan absurdo, los ciegos ven, los ignorantes hablan, los asesinos dictan las leyes, y ladrones de almas forjan las cadenas de la libertad! *Ladies and gentlemen*, se ha descubierto la piedra filosofal.

Felicity regresó a Kiwilandia. Era una chica fantástica. Le fascinaba Londres. ¡Inglaterra, la Madre Patria! Valía su peso en oro. *Bye bye love*. Alquilé un estudio en Finsbury Park, algo lejos del Museo Británico, el espacio perfecto para dejar mis investigaciones sobre la Historia del Próximo Oriente Antiguo a un lado y darle forma al libro del siglo. No pensaba escribir un best seller; pensaba escribir lo siguiente. “LA HISTORIA DIVINA DE JESUCRISTO”.

Aquella habitación podía estar al otro lado de la galaxia, o fuera del cosmos, me daba igual. Iba a subir al Cielo, iba a conquistar el Olimpo. Asgard iba ser mío. Ni blanco ni negro, todo o nada. Cuando se habla con Dios no se puede ser tan tonto de hablar del tiempo. “Un día frío, eh?”. Venga hombre, échale guindas al pavo.

Me compré una máquina de escribir eléctrica. Las sufridas Olivettis de tambor manual ya habían pasado de moda. Me gasté en tomos de papel virgen una fortuna. Una página no es un ladrillo; hasta que no está en su capítulo, con su fecha de nacimiento, su número, se pierden en el camino cientos y cientos de folios. El ladrillo lo colocas, pones otro encima, a ladrillo por página pueden salirte una docena de libros de mil páginas por día.

Lo importante es saber lo que quieres, cómo lo quieres, y qué pretendes; yo lo tenía muy claro, lo que quería, lo que pretendía. Y para tenerlas aún más claras, Tierra Santa.

Los libros de investigación ponen al servicio del pensador datos y hechos, unos verdaderos, otros ficticios. El escenario no está en los mapas.

Anne, mi compañera del momento, se burló. Ella juraría creerme usar mi película de escritor para darme la vida padre. ¡Cosas de mujeres! A la hora del viaje se apuntó a la fiesta.

Desde París a Atenas en autostop. El tren y los buses son demasiado rápidos cuando tienes todo el tiempo del mundo. No se trata de ver monumentos, se trata de bañarse en las fuentes de la Plaza del Pueblo de Roma, dormir a la luz de la Luna bajo las Murallas de la Acrópolis, hacer amigos, conquistar la mente de gentes que hablan otros idiomas, que viven en mundos diferentes; todos tienen su universo en la Tierra, pero cada uno es un como un pueblo de otro mundo. Se diría que razas cósmicas procedentes de diferentes planetas y estrellas colonizaron un día este Planeta Azul y no lograron compenetrarse. Empatía sí; hacerse un solo pueblo, *vade retro*.

Me gustaba Anne. Nos conocimos en el Metro de Londres. En esos días yo okupaba el viejo hospital de West Knightsbridge con una banda de rock. Una vez a la semana sacaba mi guitarra y la ponía a cantar en las calles del Centro, Leceister Square, Covent Garden, Picadilly. Los artistas callejeros ingleses se sentían un gremio. Tenías que tener algo especial para abrirte paso y los Ingleses te viesan como uno más; yo tenía ese algo, pasaba totalmente de su gremio; no me interesaba esa peli. Anne sí formaba parte del gremio; galesa, pelo rojo, cuerpo escultural, 1,70, ojos mediterráneos, una belleza. Teníamos un amigo en común, Marc. Marc y Anne ya se conocían. Marc le daba a la guitarra clásica. Congeniamos del tirón. Todos habíamos pasado por SNOW, la central de inteligencia de los okupas de la City. Un día coincidimos los tres en el okupa de Anne, Marc se quedó con la historia, nos dejó a nuestra bola y surgió el amor a primera noche. Marc quería que yo le acompañase a los USA. Su plan era darle la vuelta a los USA con nuestras guitarras. Anne tenía también el suyo, pasarse todo el verano en las Islas Canarias. No me disgustaba la idea pero yo ya tenía mi propio plan; asaltar el Cielo, meterme en el Olimpo, conquistar el corazón de Asgard. Estaba escrito en las estrellas. De joven en mis sueños yo solía volver a un campo en cuyo suelo yo recogía un tesoro. No conocía su naturaleza. Regresé muchas veces a ese sueño, pero nunca pude arrancarle el secreto. A los 19 años lo conseguí, sería escritor. No de sexo, sangre y lágrimas. No, de viajes y aventuras. Un Henry Miller escribiendo un *On the Road Again*. Algo muy raro, pero imposible de resistir. Mi Viejo se volvió loco. “Estás loco, hijo; la Universidad te espera. Y te vas a la India”. Tu Viejo es la última persona que te entiende; es el hombre que más quieres en este mundo, pero es el que peor consejos te da. Por su boca salen palabras para un mundo que ya no existe, que él vivió, pero que ya murió.

*Vini vidi vincit*. Dije al regresar de la India. Un año en autostop con una guitarra por esos mundos de dios, sin un euro en el bolsillo, viviendo el día a día, pateando kms, docenas y docenas a la semana a veces, por el placer de pisar los Montes Tauros, por ejemplo. Un poco loco para la mentalidad de los Viejos sí que estaba. E incluso para los Jóvenes de mi época. “¿Sin dinero, perdido en el mapa, bebiendo de riachuelos y buscando un árbol o un campo de flores para comer?” “¿Qué pasa, no habéis comido flores nunca?” Había que reírse o dejarme por caso perdido. Fue mi primer viaje. París, Amsterdam, Bruselas,

Roma, Atenas, Estambul, El Cairo, Jartum, Damasco, Kabul, Delhi, Goa. El plan de Marc me gustaba. Dos europeos pateándose los USA. Marc era un poco más joven que yo, los dos teníamos presencia, los dos sabíamos darle a la guitarra. La diferencia entre ambos estaba en la virginidad aventurera de Marc. Le daba repelucos ir solo. Aquella era una aventura grande. Con un socio de mi experiencia... En otro momento... tal vez. Marc pensó que era por Anne. No, en absoluto. Anne se iba a las Canarias. Yo me iba a Jerusalén; necesitaba salir de Londres, respirar estrellas, beber rayos de sol y luna. El primer borrador del manuscrito del siglo, LA HISTORIA DIVINA DE JESUCRISTO, 800 páginas, había consumido mis fuerzas, y para mayor inri caí en lo comercial, itonto de mí!, le dí una oportunidad a los mortales. Naturalmente Dios me lo arrancó de las manos. “Ahora tira para Jerusalén”. Resistirse a Dios es de locos. “La Verdad y la fama no se casan”. “¿Estás loco?”. ¿Y...? “A Jerusalén. No se diga más.

Mi decisión contrarió a Marc, pero no a Anne. Anne había sido flautista de conciertos folclóricos galeses, se aburrió de la parafernalia clásica, se soltó la melena y bajó al underground londinense. Allí ella era feliz. Por un tiempo nos saludábamos. Yo siempre estaba alegre y ella estaba cada día más guapa. ¿O sería cosa de mis ojos? Coincidió que ambos teníamos por amigos a Marc; a partir de ahí todo fue como la seda. Anne se unió a mis conciertos callejeros alguna vez que otra. Yo componía mis propias canciones, canciones fáciles. Una noche de aquel final de la primavera del 90, mientras nos buscábamos bajo las sábanas, Anne me comunicó su decisión de unirse a mi aventura. Aparcaba su plan de Canarias; le gustaba más la idea de Jerusalén. Ella ya sabía lo que había. “Autostop, buscarse la vida todos los días, dormir a la luz de las estrellas, pasar de historias raras. Cuando estás *On the Road* no le das nunca a nadie la oportunidad de hacerte perder el control. Puedes acabar sin pasaporte, sin guitarra”. Yo iba a Jerusalén buscando algo. No de fiesta. “OK. He comprendido. Yo pago el billete de ida y vuelta de Atenas a Jerusalén”. Y nos fuimos, vencimos, y regresamos. Demasiado pronto para mi gusto. El viaje fue una maravilla; no teléfonos, no televisiones, no periódicos, dos amantes cruzando Europa sin prisa de ninguna clase. ¿No has estado nunca en Klagenfurt? Vamos, te va a encantar. ¿No conoces Florencia? ¿Ni Venecia? Roma desde los ojos de Anne me volvió a enamorar. Y Aquella Atenas lujuriosa, espléndida, antes de la esclavitud en que hoy vive, risueña, orgullosa, magnífica, adorable, la ciudad de los filósofos muertos. Finalmente Haifa, Nazaret, Belén, Jerusalén. La Calle del Rey David hasta la bandera de parejas jóvenes paseando sus ametralladoras portátiles como quien pasea su chucho. “¿Qué pasa aquí?” “¿No lo sabéis? De qué mundo venís? Iraq ha invadido Kuwait”. Anne comenzó a sentir miedo, la presión mediática contra Israel por parte del mundo árabe era fuerte. Los periódicos locales hablaban de sacar la bomba de neutrones. Nada de pistolitas de agua, nada de tanques de lata. Israel tenía el arsenal del arma de destrucción masiva más potente jamás creada, la bomba de neutrones, mata todo bicho viviente y deja inmuebles intactos. En cinco minutos el mundo árabe entero borrado del mapa. Los Israelíes se reían. “Dejadlos venir”. Lógico que América se volviera loca intentando calmar los ánimos de Tel Aviv. La situación era la que era; o los USA echaban abajo al dictador iraquí, para ese tiempo rehén de Al Qaeda, o Israel sacaba las hermanitas de Trinity. Anne pasó del temor al pánico. Salimos de Israel. Una vez de regreso a Londres ella siguió su camino y yo el mío.

En el 92 no sé por qué historia mi ex quiso regresar conmigo. Teníamos un hijo pequeño. Le di esa oportunidad. Estuvimos viajando y trabajando por un tiempo en Roma; trabajamos en Segovia para unos marqueses y en Toledo para un millonario de la construcción. La historia fue de mal en peor. Las segundas partes nunca han sido buenas. Por mucho que quieras a tu hijo cuando el amor entre los padres no funciona quien acaba sufriendo el infierno es el niño. En el 93 la envié de regreso a su pueblo a pedir el divorcio. Regresé a Inglaterra. Conocí a Felicity en un bar. Nos amamos por un tiempo, hasta que regresó a Nueva Zelanda. Yo me metí en aquel estudio de Finsbury Park. La hora de la verdad había llegado.

Cerré una puerta en la Tierra y abrí una en el Cielo. En aquel momento no estaba para nadie. Dejé de existir. Desaparecí del mapa. No teléfonos. Había Llegado la hora de quemar libros, meterle fuego a la librería universal que amueblaba mi cabeza. Comer una vez al día, dormir una noche de cada tres, caer rendido sobre una mesa sufriendo el caos. “*Do not disturb*”. No acepto hembras. Ni alcohol ni tabaco. Bebo leche, como un frito de verduras con carne fresca y champiñones. Estoy subiendo la escalera al Cielo.

El Cielo está al otro lado del infinito. La eternidad es una escalera que ríe. “¿Qué buscas, hijo?” “La Verdad, padre”. “¿Y cómo conquistarás el corazón del Dios de los dioses?” “Entregándole el mío”

Bingo. Vencí.

Me corté el pelo, me afeité, me vestí de los pies a la cabeza, salí a respirar aire, *welcome back to Earth*. ¡La Tierra! Comienza el asedio a los castillos de los editores londinenses.

-¿El editor, *please*?

-¿Tiene cita, *sir*?

-Tengo algo mejor, el libro del siglo: *El Corazón de María. La Historia Divina de Jesucristo*.

Mi fe en mí mismo era cosa de otro mundo; entro en una editorial, me salto todos los protocolos, abro la puerta, me siento frente por frente del editor y lo fascino. El espíritu del escritor llena la sala, inunda la atmósfera a su alrededor. Es señor de la palabra. El escritor se revela, se descubre, conquista, seduce, inspira. Sólo él sabe encontrar a ese editor que cree que la palabra es dios, y tú eres un dios.

Se acerca la Navidad. Un hijo de Dios aterriza en la Tierra. El hombre ha regresado a su mundo de hijo y hermano. Me encuentro en una fascinante plenitud física, moral e intelectual. Mi corazón vuelve a pulsar novas y pintar nebulosas en el firmamento. Vivo un big bang:

“Dios creó al Hombre a Imagen y Semejanza de su Hijo,  
el Hijo de Dios es Inmortal,  
yo soy Hombre, ergo: soy Inmortal”.

“Pero morirás como cualquiera de los mortales”. Y la realidad de los mortales es vivir bajo la tormenta. Seas un dios o una bestia la tormenta de la Muerte sigue lanzando sus rayos sobre pecadores e inocentes. Como el Sol, la

Muerte sale todos los días a cosechar cuerpos para su cementerio de polvo y ceniza.

Una cabina telefónica. Tecleo un número.

-Buenos días, madre. Feliz Navidad.

-¿Eres tú, hijo mío?

-¿Cómo estás, madre?

-Bien, hijo.

-¿Cómo están mis hermanos, madre?

-Todos bien, hijo.

¿Cómo están mis hermanas, madre?

-Todas bien, hijo mío.

-¿Pasa algo, madre?

-Nada hijo.

-¿Qué ha pasado, madre?

-Todos estamos bien, hijo mío. Feliz Navidad.

-¿Qué pasa, madre? ¿Qué tienes?

-¿No es nada, hijo? Te quiero. No me preguntes más.

¿Qué precio tiene una sola de las lágrimas de la mujer que más quieres en esta vida? ¿Un océano, un universo tal vez? ¿De verdad valen más la fama y el dinero que una lágrima de la mujer que te llevó en las entrañas y de cuyos huesos se tejieron los tuyos?

-Vale, madre. Bajo enseguida.

-No hace falta, hijo. No es nada.

Un alma amada que llora en silencio tiene más fuerza que diez mil soles. Y aunque Londres distase de Málaga más de lo que dista la Vía Láctea de la galaxia Andrómeda los pájaros de mi especie volamos sin miedo a las distancias. El tiempo es un caballo con alas acudiendo a nuestra llamada, a cualquier hora, en cualquier momento. Las grandes llanuras europeas a la velocidad del AVE Francés; Londres, París, Madrid, Málaga, un rato entre dos Lunas.

Entré en casa. Estaban mis padres sentados en la oscuridad. El silencio era un muro. Algo había pasado. ¿Pero el qué? La respuesta me heló la sangre. Su hija pequeña, mi hermana Celia, a las puertas de su boda, había sufrido una trombosis, de camino al hospital se durmió, no volvió a despertarse. Sus padres quedaron devastados.

De la Tierra al Cielo hay una distancia feliz, divina, tan hermosa que no hay palabras para darle forma. De la Tierra al Infierno ¿qué distancia hay? La Muerte se los llevaba y yo no podía permitir bajo ningún concepto que el alma de mis padres fuese privada de vivir la Eternidad en el Paraíso con esa niña que les había sido arrebatada sin aviso previo. Aquella Celia era una niña que no había estado enferma en su vida. Practicaba Judo. Era bella, fuerte, alta. Tuvo

un único amor en su vida y con él preparaba el día más feliz de una mujer, el día de su boda. Sus padres le habían financiado su negocio. Era una mujer independiente. No se le conocía historial clínico. Un día siente un dolor en la pierna, viene la ambulancia, la trasladan al Clínico de Málaga, la sientan en una silla de rueda a la espera del médico, no se la ve para urgencias. No hizo falta que la llamasen para su turno. La niña se durmió. Se fue al Cielo. España tiene el mejor sistema de salud del mundo. Te dejan morir y se limpian las manos.

No podía regresar a Londres y dejar a la Muerte llevarse aquellas dos almas a su cementerio de desolación. Yo le había arrebatado antes a la Muerte un alma y había aprendido a verla en los ojos de su víctima. El alma de aquellos dos seres de cuya sangre y cuya carne se tejió la mía no iban a ser privadas de despedirse de sus hijos con el corazón alegre y lleno de paz. El hijo de Dios que vive en mí se plantó delante vestido de todas sus armas de guerra.

Triunfé. Pero mi libro, mi trabajo... todo se quedó en Londres.

Ese mismo año mi madre fue sentenciada a muerte por el cáncer. Uno de mis hermanos por el SIDA.

La tormenta no remitía. El show final estaba en el aire. Me trasladé a Madrid por unos meses. Allí conocí a mi ex belga. Nos movimos a Bruselas. Mi madre se fue al Cielo durante esos días. Era el 1995. Ella parió una niña. Vivíamos en Bruselas pero ella se fue a parir a Lovaina. La criatura nacida, Juana de nombre, salió del hospital sin mi apellido. “¿No le has dado mi apellido a la niña?” “Es la ley de la tierra”, me contestó. Según la ley de la Bélgica no Francesa la niña no se acogía a la ley de la tierra, lo que significa que de haber sido parido la niña en Bruselas, donde vivíamos, la ley le hubiese dado ipso facto mi apellido a la niña. Al trasladarse de Bruselas a Lovaina para parirla su madre apartaba a su hija de llevar el apellido de su padre. Era la ley de la tierra. ¿Qué historia era esa? ¿Me estaba tomando por idiota? El problema era mi corazón. Mi alma estaba aún sumida en la muerte recién acaecida de mi madre. Moría una Juana y nacía otra. No estaba yo centrado en “aquellos trámites sin importancia del apellido” hasta que un día mi ex belga, su madre y su abuela me acompañaron a la oficina de un juez, amigo de la familia, para firmar los papeles de la paternidad y darle el apellido a la niña. Eso me dijeron. Todo normal. Firmé el documento, escrito en Flamenco. Tras haber sido firmado en la confianza de haberse solucionado el tema del apellido el Juez me lo tradujo al Inglés inmediatamente. En efecto, yo era el padre de la niña, pero las allí presentes habían decidido a mis espaldas que la niña fuese reconocida por su padre pero no llevase su apellido.

De vivir bajo la tormenta, pasé a ser la tormenta. O me iba, o cometía una locura.

Necesitaba darle a mi vida una vuelta de tuerca. Lanzarme a las aguas, dejarme llevar por la corriente lejos de este mundo cubierto de tinieblas.

Cogí el primer vuelo que salía para Méjico. Me metí en la barriga de aquella ballena de metal sin mirar para atrás.

Las 16 o 18 horas de vuelo corrieron rápido. Ver los continentes desde las nubes es una droga. ¡Qué poca cosa es el hombre! Desde las nubes el hombre es nada; bajas a tierra y desde los pies a la cabeza algunos se creen un superdios.



¡De locura! Basta un movimiento de tierra para enterrar diez Pompeyas, un despertar del océano para tragarse una Atlántida, y sin embargo la tentación de ser igual a los dioses es un virus okupa instalado en las profundidades del inconsciente que se niega al desahucio. ¿No podría quedarme en las nubes para siempre? Tener que volver a pisar tierra. Lo fácil que sería cerrar los ojos, darle la espalda y dejar al hombre desaparecer del Universo. ¿Por qué se empeñan Dios y el Diablo en mantener su guerra entre los hombres? Todo es bello, perfecto, espléndido, hasta que pisas tierra y hueles al aire sofocado por el olor de una guerra entre dioses que parece no tener fin.

El aeropuerto Benito Juárez abre la puerta a ese cementerio de millones de muertos vivientes atrapados entre el Cielo y el Infierno que es Méjico Capital Federal. Un diluvio de 10 días bastaría para borrarlos a todos del libro de la vida. ¡Qué paciencia tiene Dios!

Los mejicanos aguacateros del avión me aconsejaron no salirme de la Zona Rosa. ¿Me estaban llamando maricón? Se rieron. Yo no le veía la gracia. Se explicaron. En la Capital Federal hay dos mundos, uno para mejicanos, y otro para turistas, si el turista se mete en el mundo de los mejicanos, pues eso, “que le llore a su mamaíta”, reventaron a una. Habían bebido hasta dejar el bar sin alcohol. Pasando del consejo de los sabios me instalé en una Pensión de toda la vida, entre Mejicanos.

No tardas en comprender por qué eso de meter a los turistas en la ratonera de la Zona Rosa. Tienes que pisar la Zona Rosa porque así lo mandan los manuales del buen turista. Allí puedes comprar una adolescente mejicana por cinco dólares, entrar en los garitos nocturnos y ver a vírgenes derrumbarse en lágrimas en plena actuación de striptease para turistas babosos. Sentarte en una terraza bajo la Luna y ser servido por una mujer bellísima al lado de la cual la belleza de una miss universo no pasa de ser la guapura de una furcia; se sienta a tu lado, te regala la sonrisa más seductora del mundo, y entre plato y plato te mira a los ojos buscando ver en los tuyos visiones del otro lado del Océano, la mítica Europa de los Conquistadores, el Viejo Mundo, la Cuna de todo lo bueno y lo malo del universo. No hay suficiente agua en el cosmos entero para saciar la sed de felicidad de esta cosa, el ser humano.

Al otro lado, en la ciudad de los mejicanos, el coste de la vida era de escándalo.

Paseando por las calles de la Ciudad Prohibida para los Gringos los montes de basura eran escalados por mujeres y niños a la rebusca de desperdicios. Desde la Zona Rosa no se veía esta ruina. ¡Pobre gente! Lógico que la Ciudad estuviese en torbellino revolucionario perpetuo. El PAN y el PRIM eran a Méjico lo que los Laboristas y los Tories a Inglaterra, o el PP y el PSOE a España, dos dinosaurios ocupándolo todo, pisando a todo el mundo, dirigiendo el futuro acorde a los intereses de sus majestades. Aquí, en Méjico, sus majestades eran los Carteles y los señores del Petróleo.

Fuera de esta dicotomía entre ricos y pobres, igual o más terrible a la que yo ya había vivido en las ciudades del Tercer Mundo Asiático, la miseria de la Capital Federal de Méjico me impresionó. Por muchas razones. En Delhi el cosmos se ordena en castas teológicas. Naces piojo porque fuiste una cucaracha en la vida anterior y si aceptas tu destino en la próxima serás una rata. Pero



estás de suerte. Algún día en la eternidad romperás el ciclo. La llave está en tu mano, “adorarás a tu guru”. ¡Pobre gente! Las naciones convertidas en loqueros, los más locos entre los locos haciendo de Budas salvadores dirigiendo la orquesta de las reencarnaciones.

Pero no todo tiene que ser pensamientos oscuros. Aunque el humor esté por los suelos siempre hay una columna a la que asirse, en la que apoyarse y contra la que descansar bajo la tormenta. La elección la hice mucho tiempo atrás. No me había arrepentido nunca, y no iba a arrepentirme entonces. Ahora menos que nunca. A todo nacido de hijo de hombre se le da una opción, caer desde el homo sapiens a la bestia racional y vivir bajo la ley de la Muerte; o elevarse a la Inmortalidad y vivir bajo la ley de los dioses. Elegí la Inmortalidad. ¡Vivir como un hijo de dios bajo la ley de un Dios de dioses! ¡Qué me importa a mí la opinión de quienes eligieron ser una bestia racional, adorar a otras bestias y matarse por la posesión de piedras! Polvo al polvo. Todos pasarán. Serán una cita en el libro de la Historia de la Creación. Mi existencia es cosa mía, y solo a mí le corresponde el Ser o no Ser. Creado a Imagen y Semejanza de Dios, nacido para ser un hijo de Dios, teniendo a Dios por padre ¿qué será el hijo del hombre sino un hijo de Dios? Creer o no Creer, he aquí la Respuesta.

Sí señor, cada cual tiene su librito, su caballo de batalla para vencer una psique atacada a muerte.

Los mortales se mueven por intereses en la creencia de que no hay nada más después de la Muerte. Los hijos de Dios vivimos la eternidad aquí y ahora, sujetos a la Ley del Creador del Universo. La Muerte nos puede perseguir, pero jamás darnos caza. El Diablo nos puede tentar, pero jamás arrancarnos el Sí. El Infierno nos puede sitiar, pero el Cielo está de nuestra parte. “Basta de lamentaciones, hijo de Dios, levanta tu alma, mira a tu alrededor. Has nacido Invencible a la imagen de los dioses, recoge tu corazón del suelo y anda”.

La Virgen de Guadalupe la llaman, “Reina de Méjico y Emperatriz de las Américas, Madre de los Conquistadores”. Su Templo Nuevo se parece mucho al Templo de la Anunciación de Nazaret, en Tierra Santa, no tanto por su arquitectura cuanto por su sentido; ambos están contruidos contra bombas. El Viejo Templo, de finales del XVII y principios del XVIII, construido bajo inspiración española, como todo lo que en Méjico tiene un valor histórico, es una maravilla única, como lo es la Plaza Mayor de Méjico Capital Federal, de tamaño cien veces la de Madrid, como lo son esas Grandes Avenidas que hacen de la famosa Avenida de la Castellana Madrileña una calle menor de la ciudad de Cortés. Vivir en este planeta y pasar sin pisar esta tierra es un insulto a la dignidad humana... Pero no voy a regresar a mi tristeza. Para lacerarme con el látigo de la tristeza ya estaban los mejicanos.

Un día sí y otro también las manifestaciones obreras recorrían aquellas Avenidas e invadían aquella Plaza Mayor ciclópea en la que me gustaba sentarme a admirar la Catedral de Méjico, otra de las joyas heredadas de los Españoles. Aquella Miseria Obrera se sentaba a mi lado un día sí, otro día también, y al siguiente más de lo mismo. Los mejicanos en cuanto veían a aquel Gringo Español no perdían tiempo en ponerlo al corriente de las cloacas de aquel Estado que creyó ver en la Independencia un futuro de libertades y todo lo que han descubierto desde entonces es Miseria.

En otro momento, en otra situación, mi corazón hubiese derramado una lágrima. En ese momento mi corazón estaba luchando con la Muerte. Necesitaba respirar aire fresco, disociarme de todo aquel griterío pidiendo justicia. Cogí el bus y bajé a Acapulco.

¡La famosa Acapulco! Otra frustración. Más de lo mismo. Los turistas a un lado; los mejicanos al otro; en medio, la Playa de los Pelícanos. Nada nuevo bajo el Sol. A la hora de la Luna cada uno a su cueva. Yo me quedé en la playa a hablar con las estrellas. Tres enanos tamaño maya se me acercaron; me rodearon con sus pinchos; otros demonios más bravos hubiera debido el diablo mandarme si pretendía acojonarme. Me puse de pie, troné con la voz de un Conquistador recién sacado del mundo de los muertos. “Iros a robar a los ricos, pendejos”, se quedaron de piedra.

Harto de aquella Acapulco viviendo entre los extremos, miseria y riqueza, de regreso a la Capital se me ocurrió darme una vuelta por el Valle de Teotihuacán. Para bajarme la adrenalina.... Si eso fuese posible.

El bus valía unos cuantos pesos; pura calderilla. Los 70 kilómetros de distancia entre la Capital y San Martín de las Pirámides iluminan. Entendí por qué los Conquistadores la llamaron Nueva España. Pones Extremadura y Andalucía juntas en el corazón de un valle típico del Sur, le pintas unos toros y algún que otro cerdo comiendo bellotas entre la arboleda de la dehesa de Teotihuacán, y ahí la tienes, Nueva España. En el centro de aquel valle de árboles esparcidos hasta las faldas de las montañas a lo lejos, estaba ella, la Pirámide del Sol, reina y señora de un mundo en ruinas.

El bus apaga el motor a la puerta de la Antigua Teotihuacán. La Pirámide del Sol son unos 70 y pico de metros para arriba, cada piso más empinada la escalera, y cada piso los escalones son más pequeños. Un peligro para esqueletos tirando de carne tocada por la enfermedad. Llegar a la cumbre es el reto. Más de un guiri renuncia en la tercera fase, fracaso que se agradece cuando lo que se busca es contemplar los siglos en silencio y soledad.

Un día espléndido. El paisaje es de mitología. El humor tenebroso se diluye según se acerca uno a la cumbre. Respiras. Abres los brazos, cierras los ojos. Te invaden los siglos. Estás en el trono de Moctezuma. La sangre de miríadas de mujeres y niños corre escaleras abajo. Son los hijos de los Asirios y Babilonios que se salvaron del Diluvio. Trajeron a este lado del Océano sus ritos sangrientos, sus crímenes sacrílegos, sus religiones demoníacas. Cada año los hombres de Moctezumas salían de razzias a la caza de esclavos para los sacrificios. Allí en lo alto, en la sala de los sacrificios, aún se oía la sangre; siglos más tarde aquel olor maligno aun impregna las paredes y no hay lejía que disuelva el recuerdo de aquel crimen. Abajo, en la llanura, la Calzada de los Muertos, y a distancia corta la pirámide de la Luna.

No tenía más ganas de pensar. Que mi mente me llevase adonde quisiera. Al Egipto. Horst está a mi lado. Estamos sentados en la cima de la Mastaba de Giza. Horst fuma Marlboro con cara de Dylan soplando humo a lo Churchill. Está encantado. Contemplamos el paisaje. El desierto a las espaldas, el Cairo al frente, el Nilo a la izquierda, las estrellas por miles se posicionan en la bóveda celeste. Podía escuchar la voz de Horst ... Pero no fue la voz de Horst la que oí, sino la de una hembra.

-*You look happy* - dijo, y sin más se sentó a mi lado-. *Beautiful, isn't?* – continuó casi sin mirarme.

La miré. Era bella. ...En otro momento, en otro lugar...

-¿Y tú eres...?

- Claudia, de Suiza. ¿Molesto?

-Para nada.

-Magnífico. Todo esto. ¿De dónde eres?

-*Spain*.

Poco más. Hay momentos y momentos. Horst estaba a mi lado, apostándome lo que fuera a que él llegaba antes a la cumbre. Lo miré con mi cara de incredulidad. Había truco, un banquero retando a un deportista nato.. Yo corrí hacia la Grande, la Keops; él hizo como que me seguía. Cuando volví la cara lo veo morirse de risa subiendo la Micerinos. ¡Capullo!

Así se fue aquel primer mes en Méjico. Y mi alma seguía sin encontrar su sitio en mi pecho. En mis sueños me retaba a mí mismo a arrojarme a la corriente, dejarme llevar, sin miedo. ¡Vámonos a los Estados Unidos de América!

La gente no cree en el mundo de los sueños. Cree que el alma muere durante la noche. La vida bajo el Sol tiene momentos para olvidar y otros para recordar *forever*; la vida bajo la Luna tiene sueños para pasar el rato y sueños para marcarte de por vida. Cada cual piense lo que quiera. Yo soy yo; yo solo tengo mi vida, es todo lo que tengo, nací para vivirla, y excepto a mis dioses a nadie le he permitido nunca que me diga cómo tengo que vivirla. Unos se retiran a un monte a encontrar su alma, otros se retiran al desierto a encontrar a Dios, otros meditan bajo un árbol sobre la nueva vida. Cada cual tiene su librito. El mío es vivir la vida de día y de noche, a la luz del Sol y a la luz de la Luna. La cuestión existencial final es: ¿Qué eres, un animal, o un semejante de los dioses?

Me subí al Caballo de hierro y planté mi esqueleto en Laredo.

El policía de la Frontera al ver mi pasaporte y mi billete de vuelta a Europa me preguntó como quien habla con un extraterrestre:

-¿Ha visto alguna vez a un Hombre Negro, *Mister Palmer*?

-Si todos son como usted, *Mister*, creo que no tendré ningún problema en beber con ellos una cerveza.

Sonrió y me deseó lo mejor.

Un autobús salía para San Antonio, Tejas. No lo perdí. A las pocas horas vi la primera ciudad de los Estados Unidos de América, San Antonio. Lo primero que me salió del alma fue: "Home".

Era el Día de Acción de Gracias del 1995.

## PRIMERA PARTRE

## CAPÍTULO 1

Excepto por hallarse San Antonio en una llanura pelada de toda vegetación su visión desde la distancia es la de Paris tal como se viene de Lyon. La privación de la vegetación boscosa que rodea a la capital de los Francos convierte San Antonio en un clima sureño de la calidad del País de los Andaluces, cielo abierto, azul claro, pocas nubes, temperatura suave en invierno. Me hizo sentirme en casa.

Para celebrar mi llegada me compré una cerveza y me senté en los alrededores del Canal que atraviesa la Ciudad. Un policía se me plantó delante con su bici y sus pantalones cortos. Se quitó las gafas de sol, se arrancó el clásico casco de ciclista, le echó una mirada a mi mochila europea, otra a aquel tipo que le saludaba con aquella sonrisa de extraterrestre.

-¿De dónde es usted, *Mister*?

-Europa- sin perder la sonrisa le contesté.

-Eso creí. Déjeme el pasaporte.

Chequeó.

-*All right, Mister Palmer*. La cosa es que en los Estados Unidos está prohibido beber en público.

-¿Prohibido beber una cerveza en el parque?

-No literalmente. Lo único que tiene que hacer es camuflar la botella en un papel. Por los niños

-No tenía ni idea.

-No pasa nada. *Welcome to the United States of America*.

Fue mi primer contacto real con un Americano. Estuve a punto de pedirle que se sentase a mi lado y me informase sobre las otras costumbres peculiares locales. Pero no creí que estuviese acostumbrado a proceder con tal familiaridad. Envolví la botella en una página de periódico y seguí disfrutando del espectáculo colorido de las terrazas a los lados del Canal, una Venecia en pequeño, una Paris en micro sacada de algún cuadro de Van Gogh, una preciosidad al caer la noche y encenderse la superficie del agua con aquel carnaval de luces. Por fin la abundancia, los rostros sonrientes, la conversación alrededor de cervezas frías y vinos rojos de la California caliente, parejas de enamorados jugando a hallarse en el veneciano Puente Rialteño...

Sin quererlo pero sin evitarlo al alba del día siguiente, paseando, tropecé con el Álamo, esa Troya de la Leyenda Americana cuyos muros aún siguen en pie para celebrar los nombres de los Aquiles y Ulises del *Far West*. ¿Qué amante del Cine no recuerda aquella Batalla del Álamo interpretada por el mítico John Wayne? David Croquet, Jim Bowie... Al mando mis zapatos descubrí la primera Catedral levantada en los USA, la Catedral de San Fernando o de la Virgen de las Candelarias. Canarios la construyeron, una joya. Entré y recé. Salí con el corazón alegre. La tormenta dejaba paso a la calma.

## CAPITULO 2

Caminar en territorio desconocido, sin prisas, patear llanuras, ciudades, montañas, sin mapa, sin teléfono, sin contacto con ser humano fuera del cara a cara con el conductor que me abre la puerta de su carro, es mi pasión. Auto-stop, echarse a andar por la carretera, abrir la puerta a la mente de la gente de otro mundo. Cómo son, cómo piensan. Las vibraciones, ese feeling. ¡Qué bello es el mundo desde este lado de la consciencia!

Entre San Antonio y New Orleans se alza Houston, la *city* de la NASA. “*Ground control to Major Tom, aquí Houston*”. Sorpresa, sorpresa. Rascacielos de cristal, moles de espejos levantando su cuerpo al infinito. El Sol jugando al tenis con su reflejo entre aquellas paredes de cristal inmaculado desafiando los límites de la arquitectura convencional. La contemplación de aquella concepción irreal del *Downtown* de una de las ciudades más punteras del planeta me recordó la visión de Haifa según se viene de Chipre; al caer la tarde el Sol se refleja como un faro todopoderoso desde un edificio de cristal sobre la colina a cuya falda se levanta Haifa. En Houston el Sol juega entre los rascacielos de cristal a la multiplicación de su única personalidad. Es ciencia ficción pura y dura. Y ni un solo edificio de piedra. Una ciudad impoluta. Una maravilla de silencio. Gente pulcra. Ni un pobre.

*Downtown*. Es la primera palabra que aprendí. En Europa hablamos del City Center, del Centro de la Ciudad. En América usan el “abajo en la Ciudad”, el Downtown.

*Downtown*, el corazón de la ciudad. Una mole de edificios en medio de una explanada de casas bajas extendiéndose hasta el horizonte. Desde cualquier parte ves el *Downtown*. Puede que no veas la ciudad, pero el *Downtown* se ve desde millas a la distancia. Después de salir corriendo de Méjico y haber disfrutado un par de días en San Antonio, una ciudad casi europea, pasear por Houston *Downtown*, Ciudad de la NASA, es un espectáculo. Todo tan perfecto, como perdido en el espacio de un universo geométrico. Me regalé una siesta bajo aquel mundo de cristal, al aire libre, en pleno *Downtown*.

Al despertar seguí mi camino. New Orleans estaba a un tiro de piedra. Así que me eché a andar. Atravesar una ciudad a pie, viviendo sus avenidas, cruzando sus barrios, admirando sus horizontes como si fuesen cuadros en los que en ese momento yo estaba vivo, dándoles vida a esa pintura con mi existencia, fue de siempre mi lujo. Todo existe porque existo yo, si yo no

existiera, no existiría nada; si yo no existo ¡qué me importa a mí la existencia de las demás cosas! Existir es vivir, y vivir es ser Yo. “Heme aquí, aquí estoy, Yo soy el que soy”, impresionante declaración divina. He sido creado a la imagen y semejanza de Dios, ergo: Yo Soy ese Yo que lo llena todo, le da vida a todo y sin mi vida para mí todo es nada. El cosmos es la expresión de este Yo Divino. Si yo no existo, a mí qué la existencia o no existencia de Dios. Porque Dios existe y yo existo la existencia se llena de vida y hace del YO el corazón del universo. La Tierra se mueve bajo mis pies y las estrellas brillan sobre mi cabeza, el viento me abraza desde todas las direcciones y los océanos me recuerdan que una vez fui un pez, pero el que soy, lo que soy, es lo que importa, lo sabe Dios y lo sé yo, y si tú no lo sabes será porque te han quitado tu YO SOY.

Houston me mira, me ve en movimiento, me saluda, me despide; la saludo, me despido, y yo tan feliz y contento caminando por la Autopista 10, abrazado por el Sol, acompañado de la Luna, dejando atrás Tejas, su llanura seca, plana como una hoja, montándome y bajándome de *pick-ups* conducidos por hombres y mujeres con acento de auténticos cowboys, bravos, valientes, de mirada firme, algunos con sus *babys* en la guantera.

-¿Quieres ver mi *baby*?

¿Su *baby*?

Me mira como si viniese de otro planeta. Vengo de otro planeta, Europa. Abre una guantera del coche y me muestra su *baby*, una Harry el Sucio de padre y señor mío.

-¿Es legal llevar un arma de fuego en el coche?

-Esto es América.

Lo entiendo. Estoy en América, viajan con su *baby*, comen con su *baby*, duermen con su *baby*. Todo está bien.

-¿Algún problema?

-No, esto es Esparta. En la India no se matan las vacas, en Arabia no es delito violar a las niñas, en América se llevan pistolas. Vengo de otra galaxia.

Se ríe. Su mujer lo acaba de dejar por otro, está asumiendo la situación. Todos estamos en la misma comedia de los cuernos; hoy se los pongo yo a ella y mañana ella me los pone a mí, al final cada uno por su sitio, y no hay más. De mujeres y hombres el mundo está plagado. No hay que hacer de una comedia una tragedia. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Si Tejas te despide con un “Don’t mess with Texas”-“No te metas con Tejas”. Luisiana te saluda con un “Jesus loves you”-“Jesus te ama”. Camino por la Autopista 10, alguien detiene la marcha a mi lado, saca el brazo, abre la mano, me tiende 10 dólares. No sé cómo reaccionar, me quedo mirando al hombre. Si se los rechazo y se ofende lo mismo me saca su *baby* y me vuela los sesos. Asumo que en América ver a un tipo caminando por la carretera con su mochila al hombro es un tipo que no tiene un dólar. En América hasta las cucarachas tienen carro. Le sonrío, le doy las gracias. “Thanks”. “Jesus loves you” me dice sonriendo. Y continúa su viaje.



## CAPITULO 3

La segunda palabra curiosa que aprendí en América fue “screw me”. Entre Houston y New Orleans me entró el hambre; suele pasar cuando andas con una mochila a cuestas durante horas. La verdad, en la carretera el tiempo no existe. No hay ningún despertador que te golpee la cabeza y te joda el sueño, ni maquineta donde picar a la entrada y a la salida, ni desayuno a esta hora, comida a la otra y cena a la siguiente; lo más seguro es que ni desayunes, y a veces si te pierdes en la inmensidad ni comas ni cenas, y no porque no tengas dinero sino porque estás perdido en el espacio. Aprendes a ser una figura en un cuadro, a hablar con la Luna, a sentarte y discutir con el Sol, son tus únicos compañeros; hablan muy poco y escuchan lo justo, y lo mejor de todo es que te miran con cariño. “Hombre, te has perdido entre Houston y Nueva Orleans, te has metido en una carretera local hacia el interior para investigar, dices, y acabas sin tener idea si el norte está al frente, si el sur es marcha atrás, si el este y el oeste existen; chaval, reconócelo, no tienes ni idea de donde estás, y lo que es más chulo, ni te importa”. Tengo hambre. Una gasolinera, una botella de leche, mi pan de cada día, una pastilla de chocolate, un trozo de carne, unas naranjitas, una plátano, lo que sea. Menos comerte a tu prójimo Dios me ha dado por comida todo lo que pille. Ok. Aquí estoy, de pie en la gasolinera bebiendo mi botella de leche. No es usual tener a un Europeo por el interior. La curiosidad hace amigos. “¿Qué haces por aquí?” “Hangin’ round?”, “taking a walk on the wild side?” Se ríen. Estos europeos están locos. “New Orleans queda al Este, tienes que recoger la Autopista 10 y girar a la izquierda”. “Ok”. No tengo prisa. Disfruto de cada momento de cada día. Los carros van y vienen. Yo le doy a mi botella de leche. Una chavala sale de su carro, paga, regresa, mete la llave, antes de girarla saca la cabeza. Me está hablando a mí.

-“*You wanna screw with me?*”

Una tía superguapa, 25 años lo más. Me quedo mirándola. La oigo, pero no la comprendo. Le pongo cara de marciano. ¿Me está diciendo que le falta un tornillo y quiere que se lo apriete? Ella se hace cargo de la situación. Soy Europeo. Traduce su jerga con una sonrisa irresistible.

-“*Voulez vous coucher avec moi ce soir*”

Me parto. Los americanos piensan de los europeos que somos jipis sin redención, *forever* estancados en los años 60s.

“¿Hacerte el amor? *I will love making love to you*”.

Y así fue. Lisa vivía en una casa rodante, lo que ellos llaman una *truck-house*. En el Sur existen por miles, son superbaratas, la pides por Amazon y te la envían por correo. “*Screw*”, siempre recordaré esta palabra. “*I wanna screw you baby*”

A la mañana siguiente Lisa me dejó en la A10. Su novio estaba de vacaciones en chirona, un colega se acercaba de cuando en cuando a casa a comprobar que su chica se comportaba. Esa tarde fuimos un regalo del cielo el uno para el otro. Pensar en lo que hubiera pasado de haber venido esa tarde el colega, no tenía sentido. Nos besamos y nos despedimos. Un recuerdo para la eternidad vale más que un millón de dólares en las manos de un buitre volando sobre un cementerio. Me eché a andar por la A10. Luisiana y sus *Jesus loves you* comenzaron a saltar por las ventanas de los coches. ¿Qué era yo, el último autostopista que veían en América?

Entré en Nueva Orleans un día cualquiera. Mis piernas son un regalo de Dios. A cada cual le regala su padre lo que él considera mejor para su hijo. Las mías eran duras como la roca y fuertes como el hierro. Mochila, guitarra y máquina de escribir Olivetti auestas. Que no se acabe nunca la carretera, que el camino continúe hasta el infinito, que la eternidad me acompañe siempre. ¿Hay que bordear la cordillera? Hecho, los atajos roban la sorpresa. Y cuando los ojos comen belleza y se alimentan de fuerza, atajar es un acto de masoquismo. La Creación siempre sorprende, maravilla, te hace cosquillas; venga hombre, no vas a estar enfadado toda la vida. *Jesus loves you*. Pisar el *Downtown* de New Orleans, sentarme con la botella de leche en la mano y recibir de mujeres bellísimas un *Jesús loves you*, me despertó el humor. Tan evidente era que soy Europeo. “*Welcome to America*”.

En aquella Plaza de cuyo nombre no me acuerdo se daban cita los músicos de jazz. La mayoría eran afroamericanos. La Plaza, fuera de Bourbon Street, el famoso Barrio Francés, era el corazón turístico de Nueva Orleans. Tenía unos soportales tipo Plaza Mayor de Madrid desde donde se oía la música y se veía el mar. La mar del Golfo de Méjico se veía tranquila, casi durmiendo. El sol la contemplaba con ojos abiertos. Al rato, reptando por las aguas, una bruma blanca como la sábana de un fantasma comenzó a acercarse a la ciudad. En minutos cruzó la frontera y se plantó en las calles. Era el mensajero de la tormenta, “corred y poneos a salvo. Es el diluvio”. Y comenzó a llover a cántaros de una manera genial. En San Sebastián de los Vascos se produce este mismo fenómeno de cielo dorado, tormenta apocalíptica cruzando el firmamento, y veinte minutos más tarde cielo abierto. Sobre la Donostia de los Terroristas el Cielo descarga más rayos en veinte minutos que pueda verse sobre Nueva Orleans en una década entera. El Zeus de los Cristianos no parece que esté muy contento con la raza superior de los Vascos. El Día que los llame a Juicio van a saber de primera mano lo que es la Justicia. Y así fue. La tormenta sobre Nueva Orleans se fue entregándole al rey su corona de rayos de oro. La Madre Tierra tiene esa forma de hacer reír a sus hijos. ¿Te sientes mejor ahora? ¿De verdad crees que millones de años no han merecido la pena? Anda ven aquí y dame un abrazo, *Jesus loves you*.

Obligada la visita al Barrio Francés. Más que Francés yo vi un inmenso patio Andaluz acogiendo entre sus muros todo un barrio de la Sevilla de los tiempos felices cuando se celebraba el Día de la Cruz de Mayo, antes que los Socialistas llegasen y por el Poder que les confirió la Hoz y el Martillo prohibieran por franquistas aquellas tradiciones tan andaluzas; ¡qué crimen tan grande!, un crimen contra la democracia aquellas andaluzas vistiendo sus balcones de flores de todos los colores; ¿y aquellos olores? A chilindros, a

claveles, a geranios y rosas... El olor de la corrupción qué bonito es; huele a coño de puta, a coca bolivariana. ¡El pueblo paga! ¡El Dinero Público no es de nadie! O es de quien es... ¡Cómo será Señor el Juicio Final! Uno no quiere que nadie vaya al Infierno, pero en ese Día, cuando todo lo que está bajo secreto de Estado salga a luz... los que tuvieron las llaves y se callaron van a temblar de espanto. “Quitaos de en medio, que se van los discípulos de Satanás con su maestro”. Y sonarán las trompetas.

Los músicos han vuelto a la Plaza. Los limpiabotas abren los ojos, mis botas de vaquero, Valverde del Camino, puro cuero español, los reclama. “*Mister, here*”. El Míster tiene las botas nuevas, y la bolsa medio vacía.

#### CAPITULO 4

El Tiempo es una máquina perfecta. Un paso, un segundo. Un kilómetro una hora. ¿Quién te espera, Dios o la Muerte? California debía estar a unos 3.000 kms. Así al tuntún. Tal vez más tal vez menos. La primera vez en América es como la primera vez, no quieres que acabe nunca, no sabes cuándo ni cómo va a acabar, tampoco te importa, sencillamente dejas de ser un pardillo. Te ríes. La *jhostia*, esto no se acaba nunca. Mires para donde mires vive el infinito, ¿lo entiendes, hijo? “¿De dónde eres?, ¿de dónde vienes? ¡Tonterías! Lo importante es adónde quieres ir”. A California, adonde sale el sol todos los días. Bye bye Nueva Orleans. Eres bella, pero las he conocido más hermosas. Europa es tan diferente. Europa es otro planeta, allí donde se mezclan las artes para hacer de una ciudad lo más parecido a una ciudad eterna. Roma, Florencia, Venecia, Paris, Colmar, Antwerpen, Brujas, Toledo ... una vez Atenas también soñó con ser ciudad eterna, y Jerusalén, y antes tuvieron el mismo sueño Babilonia, Nínive, Susa, y otras ciudades que viven en el polvo. ¡Qué son los sueños! Nadie sabe por qué los sueños más dulces se convierten de repente en infernal pesadilla. También las hay divertidas, que conste. Hay pesadillas para descojonarte. Te persigue la ex. Te coges un vuelo a ninguna parte, allí seguro que no llega ella, y allí es ella la primera persona que te saluda. ¡¿Hasta en mis sueños?! “Hasta el infierno te perseguiré, querido”.

¿De verdad eres Español? He aquí la pregunta del millón. La imagen estereotipada del Español es que el Español tiene los ojos negros, la piel seminegra, el pelo sucio como el culo de una guarra, apenas si sabe hablar el idioma de Cervantes, y todo lo que hace bien es sacarla y meterla, el macho ibérico. ¿Follamos? Hay que reírse. Gracias a Dios nací con un universo de cargas eléctricas de buen humor recorriéndome todo el cuerpo. Lo más chulo es cuando les digo que paso. Algunas se creen que uno es un pastel y ellas por el simple hecho de recogerte en la carretera ya han pagado el derecho a hincarte el diente. Les dices que no y después tienes problema de conciencia. Se adentra ella por el bosque, en Finlandia los bosques son libres, ¿sabes? Puedes coger la leña que quieras. Hay bichitos superbonitos. ¡Qué guay! Otras se dan una vuelta por el monte para ver la Riviera desde la colina, salen del carro, tiran un trapo

en el suelo, se tumban, se despelotan. “Ven, hazme el amor”. *¿Quoi, quoi, what what?* Para nada. “¡Cómo que no!”. Se quedan heladas. ¿Ah pero los jipis no sois los del hazme el amor y no la guerra”. Y nos chutamos LSD, cantamos el Hare khrisna, votamos a Green Peace, y nos chupamos el dedo...

Aquella Linda, la Mormona, no me dio tiempo. Palabra del niño Dios que no tenía ni zorra a qué altura de Nuevo México me pararon. La tarde pedía permiso. La noche pasada dormí en un descampado al lado de un Motel. Al despertar me entró el hambre, pasé al hall como si fuera un cliente más, me colé en la mesa de los desayunos y me serví hasta la bandera; dí las gracias, recogí la mochila y regresé a la A10. Me eché a andar. No puse el dedo hasta que el sol empezó a borrar toda sombra. El llano estaba seco, cuatro matojos moribundos por aquí y por allá. Pasé la frontera de Tejas. Entre los Estados del Sur suelen tener unos edificios muy majos en el que ofrecen información, café, unas pastas, algún zumo. Me serví. Me colgué los auriculares, le metí caña al CdPlayer y con Pantera y su *Cowboys from Hell* seguí descubriendo la selva. El sol seguía arriba, un carro todo destartado con una pareja muy simpática me cerró el paso. Adónde iban no era importante siempre que no salieran de la A10. Subí. Ella se llamaba Linda. Él se llamó a sí mismo Tom. Me presenté. Tom dobló el cuerpo hacia el volante y girando el cuello me soltó todo pancho:

-“Soy una bomba”.

-*¿Excuse me? ¿Eres una bomba?*

Ambos se me quedaron mirándome como si estuviesen delante de un extraterrestre o de un idiota integral.

-Dame una moneda – sin perder la mirada de alucinación pero haciéndose cargo del problema, “europeo tenía que ser”, Tom me instó.

Yo se la dí. Y gracias a Dios que no le dí un billete de cien dólares. Cogió la moneda y se la guardó en el bolsillo. Se giró, y siguió conduciendo. No pude evitar la carcajada.

-Ahora lo has comprendido. *Bum, bum, no Bomb.*

Linda me miró con cara de ternura. Con aquellos ojitos suyos de mujer de todos y esposa de ninguno me dio el pésame por no tener ni idea de lo que era un *Bum*. “No sabes dónde te has metido, chico” quería decirme telepáticamente. Tom se buscaba la vida de mecánico ambulante rodando por las autopistas. Iba buscando coches escacharrados. No todo el mundo entiende de mecánica. Se te jode algo y no tienes ni zorra por dónde empezar a mirar. ¿Será el motor? ¿Será la correa de transmisión? ¡Dios, deberían dar clases de mecánica antes de dejar ponerse al volante! Pero que no cunda el pánico, ahí viene Tom. En un plisplas te salva el día, y en un plisplas te saca cien dólares. Y doscientos si se te los pides. Tom era un *Car Doc*, como un *PC Doc*, un médico de coches. Sí, sí, un doctor en toda regla. Aquí en América no hay trenes; bueno, está el Amtrack, para turistas y para la tercera edad. Buses, el Hount Dog, y para de contar. Eso sí, un coche vale lo que un café con churros, y la gasofa es el terrón de azúcar. Si no tienes carro te miran con cara de tonto. O de compasión, “pobrecillo, será discapacitado”. ¿Perdón? Vale, vale, lo que tú digas; no querrás que cruce el océano con el Ferrari, sobre las olas. Tom se descojona.

“¿En Europa no tenéis médicos de coches rodando por el asfalto?”  
Empieza a caerme bien.

“¿Y esta preciosidad quién es?” Cambio de tema.

“Eh, que estoy aquí?” Linda se enrolla

“Soy mormona, ¿sabes? No lo soy técnicamente, pero como nació en Utah. ¿No has estado aun en Utah? Ve, te vas a divertir, todas para uno y uno para todas. Hasta el coño. Un día pasó Tom, y aquí estamos”.

Tom cambió de tema.

“Sabes?, podría meterte un tiro en la cabeza, abrir un agujero en el desierto y hacerte desaparecer, pero necesito que te quedes con mi chica esta noche ¿Lo harás?”

Lo soltó como si estuviese actuando en la pantalla. Abre un agujero y me hace desaparecer. Dentro de un millón de años un par de científicos locos desenterrarán un saco de huesos y discutirán entre ellos si son los míos. Me gusta el guión. Se me escapa un detalle.

“¿Qué te hace pensar que no voy a ser el más rápido?”

Linda se nos quedó mirando con ojazos en trance. Un europeo y un americano soltando idioteces a cual más grande.

“En serio, necesito que cuides a Linda esta noche”. Linda me tranquilizó.

“No te voy a devorar, ¿vale?”

Antes de darme la oportunidad de pensarlo dos veces Tom metió el carro en el parking del Motel, uno de esos típicos de las películas.

“Habitación doble, please”, disparó Tom. Cogió la llave, y allí estaba el BUM: “Te dejo pagar”.

“El honor es mío, sir”.

Ya en la *room*, Tom se maqueó en plan estrella de Hollywood. Se besó cien veces en el espejo, se bendijo a sí mismo con bendiciones miles y me guiñó el ojo.

“Cuida de Linda” me dijo antes de perderse en la noche.

Linda, tan tranquila, se pegó una ducha. Salió de la ducha en pelotas. Y se metió en mi cama como si fuera mi mujer.

“Y si vuelve de pronto, ¿cuál es el plan?”. Fue lo único que se me ocurrió.

“¿Tom? No volverá. Se ha ido a ver a su novia, no seas tonto”.

Al alba regresó Tom, todo feliz. Nos dio los buenos días y nos despedimos. Tan amigos.

“Ten cuidado con quien te juntas, *my friend*, América no es lugar para ángeles”. Lo abracé, nos abrazamos los tres, y me dejaron en la A10. Arizona no estaba lejos.

## CAPÍTULO 5

El placer de andar a la deriva es mío. El alma se me va al Infinito. La Eternidad descubriendo una tierra que nunca se acaba. Crees que yo lo has visto todo y al ascender la última cima, cuando creías que Asgard se acabaría ahí, la eternidad comienza a rodar. Un Nuevo Mundo con su universo propio despliega sus fronteras, sus animales, sus planetas, sus lunas, sus estrellas, sus gentes, sus ciudades, su tecnología, sus sueños, sus lenguas, sus corazones abiertos a la vida, a la existencia. Hola, hola, soy un humano. ¡Qué tal, hermano! Un día el viento adquiere voz y lleva el mensaje a todos los pueblos del Paraíso, “el Dios de dioses, el Señor del Cosmos regresa”. Y corro, y corremos, y... *Jesus loves you*, desde una pick-up grita alguien. No pongo el dedo, quiero andar, sentir la inmensidad. Estoy en Arizona, tierra de indios y americanos, de suelo árido, Jim Morrison canta en alguna parte del interior su balada final, entre humaredas de peyote y guitarras sin cabelleras. Con suerte John Wayne se sentará a beber un trago conmigo.

Lo grande de ir a la aventura en autostop es ver cómo la gente se suelta con un extraño. No te ha visto antes y no te va a volver nunca. Se suelta, saca cosas que no va contando por ahí. Hay que saber estar, por supuesto. Saber ser uno mismo con toda clase de gente es una ciencia que no se aprende en las universidades, es un arte, naces con él, lo llevas dentro. Lo mismo te coge un abuelo que un chaval, un tipo con un Mercedes de escándalo que un jipi con la furgo cayéndosele a pedazos, una loca hambrienta de sexo que un homosexual que no es gay pero que no le hace asco a un hombre. De la viña del Señor sale toda clase de vinos. Personalmente nunca hago nada por ganarme la confianza de nadie. Soy como soy. Me crié entre nueve hermanos. La familia numerosa es una escuela divina, te enseña a amar los caracteres más variados, de ellos y de ellas, unas más guapas, otras más listas, unos más dulces otros más fuertes. Y tú eres uno más, con tus peculiaridades propias. Así que cuando sales del nido y te echas a volar ya sabes lo que hay en la viña del Señor. La cuestión es ¿tú qué quieres ser, águila o buitre? Me meto en el carro con un desconocido y sólo sé que no sé nada, a veces ni adónde voy. Me miran alegres. Libre como el viento. A nadie le digo la verdad. Soy un tipo feliz. A nadie le abro mi corazón, mi alma es territorio sagrado. “Quien es amado por Dios no le tiene miedo al Diablo” esto me lo enseñaron en el seminario de los Carmelitas de Hinojosa del Duque. Hago de copiloto por un rato. Cada cual vive su película. Algunos se la callan, otros la sueltan y cuando te despiden ya sabes algo más. No sabía nada antes de saludarlos y sé algo después de despedirme.

“Los europeos sois tontos. De tan demócratas que os creéis os pasáis al reino de los ignorantes con la facilidad que cambiáis de cama”.

Este hablaba por los codos. Le iba el tema de la revolución de Jomeini.

“Jomeini fue financiado por Paris porque Washington le comió el mercado de armas con el Sha de Persia. Paris se volvió loca, los USA le había robado un mercado tradicionalmente Francés. ¿La solución? Derribar al Sha, poner a Jomeini y traer al hijo pródigo al redil de los intereses europeos. ¿Pero sois tontos de verdad? Llenáis de mierda el mundo ¿y los USA tienen que ir a limpiar el patio?”.



A ver, ¿qué quieres que le responda? La verdad no tiene bandera; Dios es su Patria. Los USA han limpiado el patio europeo dos veces; no una sino dos al precio de millones de sus hijos más jóvenes y valientes. Pasan los años y ya nadie se acuerda. La propaganda comunista light impera y mueve todas las conciencias de las clases obreras. Por dos veces los USA salvaron a Europa de la ruina. Y Europa sigue erre que erre llenando de mierda su patio.

“My friend, que os den por el culo”.

Hay que reírse. Nací en Europa. Pero mi verdadera patria es la Verdad, y la Verdad es Dios. Y Dios está con América. *God bless America*. Si vienes a América recuerda esta frase, *Dios bendiga a América*. No importa lo que creas, América tiene a Dios de su lado.

“*All right*, fin del viaje. Un placer tu compañía, *Mister Palmer*”.

Una última cuestión.

“¿Queda lejos California?”.

De hecho me encontraba en alguna parte cerca de Arizona. Con la charla se me despertó el hambre. En el pueblo donde me dejó *my friend* me serví mi dieta de leche, chocolate, algo de queso, y pan. Me senté a las afueras a admirar con los ojos de los Conquistadores aquella llanura infinita. Aquel era un Mundo Nuevo también para mí. Ya no había salvajes, pero... ¿O los había? Un carro se pegó a mí. No le puse el dedo, la mochila europea es un cante.

“Es tu día de suerte, sube” dijo el conductor.

Iba a decirle que estaba en mi hora de relax. Su cara..., la cara de un Indio, de un Apache de verdad. Un hijo auténtico de aquel paraíso original que revolucionó la Edad Moderna pariendo para la Historia Universal los USA. No pude resistirme. Me encantaría oírle su versión de la Historia. Un Piel Roja de verdad, grande como un toro, rostro acribillado de viruelas, y, cómo no, bebiendo cerveza sin parar. Beber conduciendo no es un delito en América. Al igual que en la calle solo tienes que hacer que no sea vea el cristal ni la lata. No existen controles de alcohol. Desde que se levantan hasta que se acuestan los americanos de la Campana del Sur usan las ruedas. Las distancias son infinitas, las autopistas son libres, cruzan las ciudades por el mismo corazón, no las rodean, no conocen el embotellamiento. Una pasada. ¿Quién va a ponerle limitaciones a semejante *way of life*? “Los europeos no estáis bien de la cabeza”, recordaré siempre aquella sentencia de *my friend*. El Indio, de todas formas, hablaba muy poco. Pinchara lo que le pinchara me miraba con cara de Apache analizando el alma de aquel Piel Blanca. Le gustaba mi locura, cruzar océanos, viajar por territorios desconocidos, sin miedo a la Muerte, ni al hambre, ni al frío ni al calor, ni a los desiertos ni a las montañas. ¿La soledad? ¿Qué es eso? Están la Luna y las estrellas, el Sol y los vientos. *Sister*, háblame de nuestro Creador. El Indio me miraba con corazón bravo.

“¿Tienes algo que hacer esta noche?”

“¿*Tonight*?”

“*Yeah, tonight*. Voy a una fiesta en Tucson con unos amigos. Acampan en el río. Buena gente. Les caerás bien”

“Ok, porqué no?”

## CAPITULO 6

Tengo por mala suerte caerle bien a todo el mundo. El caso es que te salen rana cuando menos te lo esperas. No pasa nada. Si eso es lo que vale la amistad de uno, que lo disfruten. Dios me enseñó a poner la otra mejilla, pero dejando claro que sólo se tienen dos. A la tercera devuelve la pelota. Hasta Dios en persona agarró a Satán, y se lo ha echó a los leones del Tártaro para que se lo coman. ¿Quieres guerra? El buenismo santurrón es de cretinos y para hipócritas. Que sí, colega, bueno hasta un cierto punto, y ese punto lo marca la Ley, y la Ley para mí es la Palabra. Las leyes de los Homo Sapiens sirven para las bestias de su jungla. Yo soy un hijo de Dios. Estación Termini. El que quiera seguir, es libre, que se tire por un puente, que lo pille el tren, es su problema. ¿Entendido? ¿Quieres ser bueno? Muy sencillo, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y sé un pajarillo de esos a los que alimenta su Creador. Yo pío por las calles sin complejo de ninguna clase. Me enseñó un ángel que se cruzó en mi camino a Paris cuando apenas tenía cuatro pelos de chivo en la barba. Estaba en las Ramblas de Barcelona sentado con mi guitarra y se me veía en la cara que era virgen. El ángel iba para Sudáfrica.

“¿Qué pasa hombre? ¿Ya no te acuerdas de las enseñanzas del Señor Jesús? ¿Por qué te preocupas del pan de cada día? ¿No alimenta Dios a todos los pajarillos de la Tierra sin pedirles nada a cambio sino que le canten alegres a la vida?. Escucha: Yo le canto a la vida, que me ha dado tanto... ¿No conoces la canción? Joan Baez la canta como un rruiseñor. ¿Y tú, con 18 años, sano como un toro, inmune a toda enfermedad, no tienes que agradecerle nada a la vida? ¿Crees en Dios, verdad? ¿No te ha dado Dios padres y hermanos? Se te ve en los ojos que estás loco por vivir. Vive. Cántale a la Vida. Sé como un pajarillo. Vuela y deja que Dios se preocupe de lo demás”. Y se fue.

Lo vi marcharse con una sonrisa de ángel en los ojos. Desde entonces vaya donde vaya me siento en casa, no me da miedo nada ni nadie, lo mismo me siento a conversar con un santo que con un demonio. Veinte años después mi salud seguía estando a prueba de bomba.

¿Unirme a una fiesta con unos desconocidos en Tucson?

“¿Dónde queda Tucson?”

El Apache me escudriñaba con ojo de Toro Sentado al volante del caballo de lata que le cambiaron por el suyo de carne y huesos.

“No muy lejos. Es buena gente. Free Train Riders. Acampan en el río, a las afueras de la ciudad. Good people”.

Él les llevaba la coca. Había salido a comprarla.

“¿Te gusta?” Fue directo.

“Nunca la he probado. Me quedo con la cerveza”.

El campamento era lo que me esperaba, dos trapos haciendo de techo desde un matojo a otro matojo en pleno cauce del río de Tucson, el lecho más seco que las carnes de la mujer de Tutankamón. El *Downtown* se veía a lo lejos. Los Free Train Riders esperaban al Apache con su cargamento de coca. Gente muy curiosa. Fénix llevaba un machete Rambo colgando del cinto. Last Chance, su novia, podía ser su madre; era la única chica. Alex, de Alaska, el Abuelo, cortaba la carne con un machete de cortar caña de bambú en plena jungla. Jim, excombatiente de Vietnam, podía cortarte el pescuezo con la mirada. Todos me miraban con cara de “¿y este quién es, nos has traído un *Fed*?”. Todos tenían en común no haberse lavado en cuatro años. ¿Adivinarle la edad a Last Chance, debajo de aquella capa de polvo sólido que le cubría la cara? Pasando. El Apache me pintó con cuatro palabras:

“Un Europeo haciendo autostop”. Se les cambiaron las caras.

“*Sit bro, have a beer*” (*bebe una cerveza*).

“The end of the world is near” (*el fin de mundo se acerca*) respiré con naturalidad.

“Mi nombre es Max. *Happy to meet you all*”.

Me encontré a mis anchas entre los Free Train Riders. El nombre les viene de montarse por la cara en los viejos trenes de carga que recorren los USA. Mi gente. Es lo que yo llevaba haciendo años en Europa, en trenes que vuelan a 300 kms por hora. Después de muchas cervezas se soltaron.

“Tienes que venir con nosotros. Mañana partimos para Pensacola”. Me quedé un poco en el vacío.

“¿Un pueblo que se llama *Pepsicola*?”

Last Chance me salvó del trance.

“No, *man*, Pen-sa-co-la. Florida”.

No dije ni sí ni no, la noche era joven, el lugar era perfecto, abierto a las estrellas, con gente buena, uno huyendo de un Estado por razones que no se preguntan, otro olvidado por la Patria a la que sirvieron, Fenix y Last Chance porque les encantaba ser salvajes. El Apache porque le gustaba la cocaína. Fue el primero en despedirse; se metió lo que se metió, bebió lo que bebió, y se fue tal cual. Jim y la pareja de tortolitos se echaron a sobarla. Yo y el Abuelo, el hombre con su delito de sangre en Alaska, rodando por los Estados con carnets de identidad falsos, fumando como una chimenea, rasgando el Inglés en un acento para mí desconocido, nos quedamos mirando el fuego, matando latas de cerveza. La cerveza americana no emborracha, se mea. Al poco, por los matojos apareció un mejicano. Lo conocían de un día atrás. Se sentó a nuestro lado, echó mano a las cervezas que quiso. Cambiamos cuatro palabras en Español, quiso seguir y le corté el rollo. Los tres hablábamos Inglés, Alex no entendía Español,

no es de gente educada dejar fuera de la conversación a un colega. El Mejicano siguió bebiendo hasta ponerse asqueroso. Quería coca. La medio borrachera con cuatro cervezas y media se le había subido a la cabeza. Quería coca. Sabía por el Apache que había coca. O le dabamos coca o la cogía él. El Mejicano tenía güevos, decía en su pedo de mierda. Tuve que echarlo de allí. Alex se estaba calentando, se le revolvió la sangre. Cogió el machete y se puso a jugar con él. Me miraba.

*“Easy bro, yo me hago cargo”*

“Hombre, o te vas ya o te quedas allí para siempre Y cuando digo ya, es ya. Ahora mismo te vas de aquí”.

Le caigo bien a todo el mundo pero cuando me pongo serio puedo ser el más duro. Tú sas podido matar a diez mil, pero este 10,001 es el que va a acabar contigo. Entre tu vida la mía, la mía es sagrada. Tienes delante a un loco, yo tengo delante a un muerto. Es lo que hay. Cuando te ves delante de la Muerte no echas para atrás, avanzas hacia adelante.

Los 7 Magníficos de Vallecas tuvieron que verlo para creerlo. Yo había desertado de la Mili, y me buscaba la vida en el Aurrera de Arguelles, Madrid, territorio de la Banda del Cojo, de Vallecas. Se metieron un par de veces conmigo; yo no les hice caso. Llamar la atención de los Maderos era lo último que me convenía. Se equivocaron en la interpretación, creyeron que lo mío era cobardía. Una tarde me hice con un cuchillo jamonero, lo guardé en mi bolsa de jipi y los esperé en el patio del Aurrera. Aparecieron los 7 Magníficos, me vieron, se rieron, yo me fui para ellos, a los diez metros de distancia saqué la jamonera. “Antes de caer me llevo 4 por delante. Que venga el primero”. Vieron al loco.

Entre mi vida y la tuya, la mía es sagrada. Punto y final.

“O te vas o te la juegas”, le repetí al Mejicano. Jim y Fénix se levantaron del tirón, y echaron mano de sus armas. No es que tuviesen que echar mano de ellas, dormían con ellas.

*“Easy brothers, ya se va”* los calmé. “Vete. Nadie te va a hacer nada”.

Alex estaba al filo del éxtasis. El olor a sangre lo volvía loco.

El Mejicano se fue gruñendo. A veinte metros quiso hacerse el hombre. Se llevó la mano al pecho. Amenazó con sacar um arma. Reventé. Me solté en el Español en el que Cortés le habló a Moctezuma.

“Pero qué mierda de pendejo eres, cabrón. Vienes a un campamento de gente que no tiene ni diez dólares y te haces el machito porque no te dan coca. Eres un mierda. Antes de que saques el arme te hemos sacado el corazón. Puede que aciertes a darle a uno; los otros te devoramos los riñones. Corre, desgraciado. Veta a un Banco. Échale güevos”.

Alex olía la sangre. Lo detuve con fuerza, con toque de hermano. El Mejicano desapareció en la noche. Alex me abrazó. Jim y Fénix volvieron contentos a las mantas sobre el lecho seco del rio Tucson.

## CAPITULO 7

La noche cae sobre la Tierra. Es la hora de la Luna, bella, perfecta, caminando con su manto de estrellas, “¿qué tal, hijo de Dios?”. “Bien, hermana, bien”. Unos duermen, otros sueñan, quien hace niños, quien pone cuernos, quien comete delito, quien admira la Creación de Dios. El silencio a las afueras de Tucson, las luces llenando el horizonte entre los matorrales del río, los colegas, desconocidos hacía unas horas, soban como niños, yo y el fuego, América, *the free world*, el Oeste Salvaje, ¿hay algo más elemental que estar armado? Los primeros Estados nacieron defendiendo sus vidas con una espada al cinto, arco y flechas a la espalda, hacha de piedra en mano, un revólver colgando de la cintura, el derecho a defenderse del diablo, de proteger la vida propia. ¿Desarmar a un hombre no es ponerlo al borde del precipicio? Todas las dictaduras y las tiranías se forjan en esa desnudez. “Creó Dios al hombre desnudo?”. Muy bien. “Y le salió a Dios el tiro por la culata”. Vino uno de fuera armado hasta los dientes y le partió el alma a Adán. América está preparada para recibir al diablo venga cuando y de dónde venga. Europa se cree Abel. Caín no para de partirle la cabeza. Europa no aprende. Escucha a Eva, y Eva se acuesta con el diablo. ¿Fue de día o fue de noche cuando cayó Adán? El fuego sigue ardiendo mientras una mano le eche leñas. Cuando se apaguea, sólo quedará cenizas. “Polvo eres y al polvo volverás”. Es hora de dormir, *sister*.

## CAPITULO 8

El alba es momento más maravilloso de la vida. Si no te levantas, te has muerto. *On the road again* el alba es de libro. Lo sabes, estás viviendo tu propia historia, eres tu propia pesadilla, el héroe de tu vida. Dios está arriba, siempre está presente. Ha llenado el Universo de su Fuerza, de su Inteligencia, de su Arte, de su Pasión por la Creación. Siempre está contigo. No cierres los ojos. ¿No lo ves?. No le ocultes tu existencia. Amo a tu Creador. Es un artista. Todo Creador ama su creación, y tú eres su creación. No te sientas solo. Jamás. Siéntete amado, protegido. No le tengas miedo a nada ni a nadie. Tu Creador quiere que vivas. Dios no es hombre para querer que mueras.

*On the road again* cada día es un capítulo. Cada día es una oportunidad de vivir. No hacen falta armas. La Palabra es el arma letal. La Palabra es lo que me hace a Imagen y Semejanza de mi Dios. El Mundo se arma, se rearma, se hace la guerra, se suicida en masas por decenas de millones en las orgías de las guerras internacionales y mundiales, se autogenocidan en días cortos, y las naciones se rearman hasta los dientes. ¿Quién lo entiende fuera de manuales de patología mental profunda? Yo no lo entiendo.

El Creador de Continentes y los Océanos, Luna, Sol y estrellas dice la Palabra es Dios, y el Homo Sapiens prefiere ser ir de bestia y cambiar la Palabra

por un hacha de guerra. ¡Bestias! Tienen dos piernas, pero son bestias. La Humanidad alcanzará su cenit cuando todos los hombres se sienten a hablar como quien no tiene brazos ni piernas, desnudos, la Palabra por Esencia y Sustancia de la Naturaleza del Ser. Quien lleva un arma siempre tiene miedo de los demás, siempre está alerta y siempre está al borde del homicidio. Conste, no me asustan las armas.

Fénix se acostaba y se levantaba con su Rambo colgada del cinto. Estaba seco; necesitaba una cerveza.

“*Hey bro, ¿me acompañas?*”

Hacía calor. Casi Navidad y 25 grados. Fénix iba sin camiseta, yo con las mangas remangadas. La A10 no estaba lejos. Saltamos la valla, cruzamos las pistas, estábamos a punto de saltar la valla del lado contrario, la gasolinera estaba a dos pasos. Un patrulla aparcó echando leches. Salió del carro un poli bajete y gordinflón, con los brazos estirados, apuntándonos con un pistolón Harry el Sucio, el dedo en el gatillo. Casi nervioso miraba la Rambo de Fénix, En eso soltó aquello de: “*Don't move or a shoot you down*” “No os mováis u os dejo secos”.

Fénix estaba acostumbrado a escenas de este tipo. Yo no. No sabía si aplaudir o morirme de risa. Viéndome alegre como quien está en el cine me adelanté a su movimiento hablándole con el mejor acento Inglés de Londres que pude. Sin perder la sonrisa saqué el pasaporte despacito, lentamente me acerqué a él y se lo entregué, lo chequeó por encima, me miró de arriba abajo y respiró.

“¿Dónde puñetas creéis que vais atravesando la autopista?” habló ya como la buena gente que era.

“A comprar unas cervezas, *boss*”, seguí hablando yo. La Rambo de Fénix no le gustaba, pero era legal. Regresó al carro y se perdió en el horizonte de la A10.

“Y creó Dios al hombre desnudo y no se avergonzaba ni ella ni él de su desnudez”.

En el Nuevo Far West las armas y Dios van juntas. Los hijos de la Campana del Sur nacen con un arma en la mesita de noche. Las llevan en sus coches. Forma parte de su *way of life*. Tanto como pertenecer a una iglesia y decirle *Jesus loves you* a los forasteros de mi especie. Incluso mis socios del día creían en Dios. Dios es parte de la vida americana. Es el puntal desde el que se coordina todo el edificio de su sociedad. Pecas, eres malo como el que más, pero en tu corazón sabes que está mal y tu consciencia te dice, “confiesa, pecador”. Son superdivertidos. La verdad, me encontraba a gusto entre aquellos Free Train Riders *walking on the wild side*. Sucios y todo por fuera, la lengua la tenían muchísimo más limpia que los patológicos señores de Hollywood desde donde se había expandido por América esa frase asquerosa de *Jesus fucking Christ*. Realmente asqueroso. En Europa te acostumbras al *porco dio* de los analfabetos italianos, al *me cago en Dios* de los catetos españoles, al *gamoti panagia* de los incultos Griegos, pero ese *Jesus fucking Christ* me revolvió las entrañas, es lo más asqueroso que ha salido jamás de boca humana. En Hollywood se precian de ser más satánicos que Satanás. La lengua la tienen



llena de mierda pura. Y ya se sabe, la lengua echa afuera lo que tiene dentro el corazón. Mis socios del río Tucson tenían el corazón limpio, y la cartera vacía. Nos movíamos.

“Vamos a Pensacola, Florida, ¿vienes?”

Por nada del mundo me hubiera perdido la oportunidad de atravesar esos 2.500 kms por medio de la gran llanura interior del Far West.

“Necesitamos dinero para cerveza y comida”.

Yo podía aportar algo.

“*Keep it, bro*” “Guárdalo”

La idea era plantarse delante de un semáforo, en un cruce a las afueras de Tucson, pegado a la estación de tren, con un cartel deseando Feliz Navidad. Y HELP.

Sí señor, se acercaba la Navidad del 1995. Casi se me había olvidado la fecha. Es lo mejor de estar *On the Road again*, llega un momento en que no sabes si es domingo, lunes, noviembre o diciembre. Genial.

El plan era turnarse delante del semáforo hasta hacerse con unos dólares. Y se turnaron. Pero el plan no les funcionó. ¡A quién le extrañaba! A mí no. La cara llena de polvo hasta las cejas, el agua para las ranas por filosofía, los pantalones comidos por el barro, no había quien bajase la ventanilla para alargarles unos pavos. Ternía que echarles un cable.

“Déjame ese cartel Alex”.

Y allí estaba yo, con mis botas vaqueras de auténtico cuero español, mis jeans impecables, esa sonrisa blanca y alegre de quien está presentando un liveshow con una cámara de televisión escondida en alguna parte, acercándote el cartelito de HELP a tu ventana. ¡Irresistible! En veinte minutos había alcanzado el record de los 100 dólares. Alex se llevó las manos a la cabeza.

“Let’s go, let’s go”.

Me quede mirándole con cara de espasmado.

“¿Qué te pasa?”

Ya tenían bastante.

“WHY?” me quede extrañado. La policía. Fue la respuesta. No quise entrar en detalles. Una de mis leyes es no hurgar en la vida de nadie. Ninguna pregunta. Nunca. Si quieren hablar, que hablen. Yo escucho. No critico, no juzgo. Yo jamás hablo de mí. Un día me llamo Max, y otro me llamo Paul. Dos estrellas fugaces se cruzan en los espacios infinitos, “bon voyage, my friend” “God bless you” “hasta la vista, hermano” ¿Hacen falta más palabras? ¿Eres acaso mi mujer? Una risa sin hipocresías, un fuego chispeante y una botella de vino para celebrar el rato, ¿qué hay más? Nada por lo que preocuparse, esa noche, ese día somos hermanos, mañana seremos un recuerdo que nos proporciona alegría. Alex, Fénix, Last Chance, Jim, Horst, Miroslava, Felicity, Holly, Anne... cuadros en el muro de la memoria, cada uno con sus virtudes y sus defectos, yo mismo un cuadro en el muro de los demás, con mis defectos y virtudes.

“¿Has visto esto, bro, este tío es una mina, en unos minutos cien dólares. Vámonos echando hostias antes de que venga la patrulla”.

Ya me explicaron grosso modo la clase de tren que cogeríamos Un mercancías de bestias de las películas del Far West, cruzando los 2.500 kms a velocidad de tortuga. Genial. Así tendría tiempo de admirar las llanuras y extasiarme contemplando los cielos desde una posición fantástica. Lo que no me dijeron era que la cabeza de máquina tiraba de los vagones a latigazos. Cada cinco minutos un latigazo. El peso era demasiado para la máquina y la inercia tendía a frenar los vagones, entonces la máquina tiraba y se producía el latigazo. De día, *no problema*. La noche... ellos se metían en la barriga de una lata de cerveza, se ahogaban en alcohol, tronara o se tragara la tierra el tren a ellos ni les iba ni les venía. Yo bebía para acompañar. No me emborrachaba. Las primeras horas ¡qué cielo!, el firmamento mágico de las estrellas riéndose de los diamantes, del oro y de todas las piedras de colores por las que la última rama de los Sapiens se mata alegremente en orgías mundiales. Dios creó las estrellas para separar la luz de las tinieblas, pero también para despertar en la vida humana la chispa de la inteligencia. Tanta perfección, tanto arte, tanta belleza, tal magnificencia... Un artista comprende a otro artista, y de aquí que el Arte fuera el primer lenguaje humano. Cosas de Dios.

A las muchas horas de estar sentado al filo del vagón admirando la Creación y querer cerrar los ojos, el latigazo. Cada cinco minutos, cuando ya creías que estabas a las puertas del mundo de los sueños, el latigazo. Las juntas de hierro entre vagones eran demasiado grandes. La inercia hacía que el tren se ralentizase; la máquina tenía que tirar de todos los vagones, del primer vagón al último, y la fuerza de arrastre se transformaba en aquel latigazo. Un martirio. Gracias a Dios con filosofía el cansancio hace su efecto. El alba trae un nuevo día y estás vivo, estoy vivo, estamos vivos, tenemos una razón para seguir vivos, amamos la vida.

## CAPÍTULO 9

*On the road again* a mi manera cada noche es un enigma. Dejé a los Free Train Riders seguir cabalgando el tren de hierro hasta Pensacola, Florida. Me bajé en Houston, Tejas. No podía más. La estación de tren quedaba fuera de la ciudad. Yo sólo quería meterme en el saco y morirme de gusto bajo las estrellas, el silencio del cosmos abierto, el infinito por puerta, la Luna echándome la manta por encima, Dios callando a los ángeles, la A10 lejos.

Anduve un rato en dirección a la oscuridad absoluta, me daba igual donde estuviera. Las dos noches y los dos días en aquel infierno de hierro sobre ruedas había acabado con mi paciencia. Necesitaba aparcar el esqueleto en alguna nebulosa entre cúmulos estelares sin número ni mote, ni la Nebulosa del

Cangrejo, ni la Nebulosa IC 410, cualquiera menos las reinas celestes de moda en los Catálogos Internacionales de Astronomía, mi caballo por una nebulosa planetaria, *please*, lejos, mientras más lejos mejor, quiero dormir, necesito dormir, llevo clavado el látigo en el cerebro.

Andar es la mejor medicina. Ando, y ando, y ando. Houston no se acaba nunca. Mejor, caeré muerto. Donwtown Houston se ve a kmillas a la redonda, y la redonda no acaba nunca. Las calles se pierden en números imposibles, 10,786 ... 15,360. Me imagino a un cartero europeo pateándose estas calles infinitas. Una locura.

Por fin estoy al otro lado del mundo, he dejado atrás Houston. Nos quedamos yo, la Luna y las estrellas. Me siento a descansar y la veo, la ciudad del futuro, edificios gigantescos respirando humos de colores. El lugar ideal para sacar el saco, tumbarme y contemplar a placer aquella ciudad viva como un organismo cósmico eterno, indestructible, surrealista, controlando el pulso del universo radioeléctrico de los cientos y cientos de satélites que vigilan nuestros sueños. El Bien y el Mal existen. Y existiendo el Bien y el Mal, sólo los tontos creen que no existen los buenos y los malos. Es el truco del diablo, negar la existencia de Dios. También están los listos, los buenos son ellos y los malos son los otros. El diablo ha demostrado que no existe Dios, ahora le toca a Dios demostrar que existe el Diablo. Houston está al control. Dormid tranquilos, los buenos somos nosotros y los malos tienen todas las de perder. Es la moraleja de la historia del Evangelio, Cristo contra el Diablo, parece que pierde Jesús pero es Satanás quien es arrojado al Tártaro. Jesucristo deja que se le acerque el Diablo, pero para aplastarle la cabeza de un garrotazo. La historia del Bien y del Mal, de los buenos y de los malos, de la Vida contra la Muerte, del Futuro contra el Pasado, la Tierra por campo de batalla, el Hombre atrapado en una guerra de proporciones apocalípticas. Antes de Cristo la barbarie, la demencia, la bestialidad, el camino al infierno; después de Cristo la esperanza, hay vida después de la Muerte, hay una Puerta a la Eternidad. ¿Quién es nadie para decirme qué debo pensar? Mi pensamiento es mío, mi vida es mía, si yo muero, muero yo, estando vivo, vivo yo. Me echo en los brazos de la Tierra, siento su corazón, soy carne de su carne; la Luna me besa, el Sol me recuerda que Dios me quiere vivo. ¿Miedo a la eternidad? ¿Miedo a la oscuridad? ¿Miedo a la soledad? Mi madre se mueve a velocidad de crucero estelar alrededor del Sol. Esta es Houston y este soy yo, cazando estrellas fugaces, hasta que no atrapo una no cierro los ojos, es mi tradición, una estrella por noche. Cuando Dios me llame a su Paraíso y San Pedro me pida por qué tiene que dejarme pasar pondré a sus pies un ramo de estrellas. Y a ver quién puede igualar mi presente. Quieto, allí viene, ya está. Ya puedo descansar.

## CAPITULO 10

Aquella mañana, en alguna parte lejos de Houston, me desperté sin prisas, abrí un ojillo, miré el sol, me dejé abrazar y seguí durmiendo. Sentí la calma. La tormenta había pasado. Mi mente estaba de regreso a la cima, mi alma se sentía de nuevo en la plenitud de su fuerza. El Cielo había recibido las almas de mi madre y de mi hermana pequeña. En la Tierra mi gente seguía luchando por sus vidas diarias. Todo estaba bien. Un día elegí entre tenerlo todo y alcanzar la sabiduría, el conocimiento de todas las cosas, y el efecto era la vida que desde entonces se estaba escribiendo en mi memoria. No se puede vivir a los dos lados a la vez. O lo uno o lo otro. No se puede ser libre y esclavo al mismo tiempo. No se puede a la vez estar bajo la tormenta y la calma. Únicamente Dios conoce en su amplitud lo que significa el conocimiento de todas las cosas. Me lancé a un mar de aguas desconocidas con plena confianza en alcanzar la otra orilla consciente de que no habría marcha atrás. Quien nace del espíritu es como el viento, nadie sabe de dónde viene ni a dónde va. Ni él mismo. El viento se levanta, arrastra la hoja, la cambia de escenario, un nuevo capítulo a vivir, no tienes ni idea de su contenido, lo tienes que descubrir, sabes que su autor es Divino y te basta, conoces la razón del libro, ignoras sus partes, cuántos capítulos tiene cada parte, o si es una biblia, un libro con muchos libros. La elección fue hecha cuando pusiste tu alma en las manos de ese Autor Divino. Confianza sin límites en tu Creador. Te ha tomado en sus manos y te ha prometido la Victoria. Ya basta. No necesitas más. El viento unas veces se viste de tormenta y otras de brisa. Como el de esta mañana. La ciudad de la NASA está despierta. Me levanto. Mi alma ya no sangra. Soy responsable de mis actos. Soy inocente, no tengo nada de lo que culparme. Mi camino es único, Dios me está formando con el amor que un creador le da forma a su escultura. El martillo golpea el cincel, el cincel se clava en la carne de la roca. Imposible evitar el dolor, es el momento de sufrir el golpe. ¿Puede la roca detener el brazo del escultor? El final es lo que cuenta. El artista hace su trabajo. Él tiene en mente su obra final. Es lo que importa. El golpe pasa, un capítulo se cierra, otro se abre, el viento te arrastró lejos, tienes de nuevo los pies sobre tierra, estás en los USA, ya lo ves, el viaje a través de las llanuras te ha despertado a una realidad, has visto la punta del iceberg, no has visto nada, este país tiene por frontera la inmensidad, en un mes has pateado miles de kms y no has visto casi nada. ¿Te vas a ir sin más? En un mes corto tienes el vuelo de regreso al Viejo Continente. ¿Y? En el bolsillo tienes el dinero suficiente para regresar a Méjico, disfrutar de la Navidad y dejar pasar las semanas hasta la fecha de subirte en el pájaro de acero. Ya volverás a los USA en otra ocasión. ¿Volver? ¿En otra ocasión? Ya estoy aquí. Estoy de regreso. Esta es la ocasión. ¿La cogerás? OK, OK, a andar, échate a andar, piérdete en el mapa, sube un poco al norte, ¿qué tal Misisipi?; tal vez Alabama. Bosques, árboles, pájaros de colores, el famoso *bluebird*, el Sur está seco, la tierra está abandonada como viejo olvidado de todos. ¿Qué les pasa a los Americanos? Señor, una extensión de tierra igual o más grande a la de España, Francia e Italia juntas olvidada de la mano de las nuevas tecnologías de resurrección de los campos agrícolas. Ahí está Israel. Un Milagro hecho realidad, un desierto convertido en un jardín por obra y gracia del amor a la

tierra. Antes del regreso de los hijos de Abraham a su patria perdida, era la Palestina un desierto pisado por adoradores de la Luna. El polvo lo llenaba todo, desde la Galilea a la Judea cuatro cabras, dos burros y para de contar. Vivían comiendo dátiles. El trabajo era cosa de los cristianos. Esos perros paganos. La Ciencia era cosa de Satanás, padre de los infieles. Eso era la Palestina bajo el Mandato Británico, un cementerio habitado por gente deambulando entre las tumbas de las glorias muertas de un imperio islámico en ruinas, gente ajena a la vida de una tierra que necesita manos que la rieguen y la labren y la cultiven, manos que sepan poner amor al recoger cosechas, plantar arboledas. Creó Dios al hombre más grande hasta la época de Cristo nacido, mas grande que el rey David, que el propio Ciro incluso, para ser Hortelano. Es la profesión más grande y digna a la que puede aspirar el ser humano, cultivar la tierra. No sólo de pan vive el hombre... pero si no hay pan toda vida perece. Conscientes de esta dignidad los hijos de Abraham regresaron a su patria perdida, la encontraron en ruinas, morada por un pueblo que lloraba su imperio perdido, y pusieron manos a la obra. 60 años después Tierra Santa ha vuelto a la vida. Ha resucitado. Los hijos carnales de Adán han encontrado la dignidad perdida de su padre el Hortelano. Campos de naranjos y manzanos, de almendros y olivos, desde Nazaret hasta Jerusalén...un paraíso. Los Israelíes han cultivado las ciencias de la Agricultura hasta adelantarse al mundo en técnicas de regadío. Sacan agua de la piedra. Aleluya. Al contrario que aquellos hortelanos incansables los hijos de los europeos colonizadores del Sur de los USA, una vez pasada la Guerra Civil se dedicaron a cultivar la desertización de su tierra. En lugar de árboles plantaron torres de petróleo. Dejaron morir la tierra que los Conquistadores vieron con los ojos de quien admira un nuevo paraíso terrenal. La inmensidad de este desierto sureño agota. El amarillo polvoriento penetra en el cerebro. Un árbol, un bosque, un riachuelo, el piar de los pajarillos, ¿dónde? Misisipi, Alabama.

Sin GPS, sin teléfono.

“¿Adónde va Mister?”

“Buscando los Bosques Rojos. ¿Sabes por dónde quedan?”

El conductor se me queda mirando. Más de uno se pensaba que tenía delante un actor interpretando el papel de un Europeo en los USA... hasta que le soltaba una pregunta tan simple como esa: ¿Sabes dónde queda el Bosque Rojo más cercano?

“En Alabama desde luego que no”.

Me quedé mirándole a la cara. Me vio en los ojos que no es que estuviese tonto, es que era un Europeo de carne y hueso.

“Los Bosques Rojos, los de la película de la Guerra de las Galaxias, están al norte de California. *Sorry, man*, dirección equivocada”.

En esos momentos soy el primero que se ríe de sí mismo. No sería la primera vez que me encontraría en una situación parecida o similar. Un día se me metió en la cabeza ir a cazar autoras boreales. Salgo de Creta, atravieso Italia, Austria, descanso en Viena, Budapest, Bratislava y Praga. Paso de largo por Berlín y Copenhague. Me detengo en Goteburgo, estoy en *the land of the Midnight Sun*, la tierra del sol de Medianoche, 24 horas al día de sol. Para vivir esta maravilla y habituarme al Sol de Medianoche acampo en un lago por unos

días. Sigo. Visito Estocolmo, me zampo un bocata en las escalinatas del Templo de los Nobeles. Continúo. Desembarco en Finlandia. Llego a Helsinki. Pregunto. ¿Está muy lejos el Polo Norte? ¿Hasta dónde he de subir para cazar una aurora boreal? Me miran con cara de estar hablando con un tonto. “Eres Español. Ah”.

“Verás, el Polo Norte no está muy lejos, pero lo de cazar auroras boreales a mediados de verano...Tienes que regresar en Invierno-Primavera”.

Hasta la vista, baby. Joder, qué mala suerte. ¿Pero y el viaje? En fin, no hay bien que mal no venga. El socio americano me mira con cara de felicidad.

“*Mister*, creo que esta noche va usted a acompañarnos a mi esposa y a mi hijo en casa. Usted es Cristiano, ¿verdad?”.

“Un hijo de Dios como el que más”.

¡Una casa en un bosque de árboles gigantes a los que sólo les faltaba andar, como a los de la película del Señor de los Anillos! Por fin la Naturaleza, las estrellas mirando curiosas a través de las inmensas ramas. Estoy bien. Es buena gente. La esposa de mi anfitrión es una criatura de iglesia de lo más dulce. En Tejas las mujeres son tipo Capitán América, bellísimas, cowboys en versión femenina, un encanto. Esta, de Alabama o de Misisipi, la verdad, no sabría decir dónde estaba, era un dulce mojado en miel. Su marido la adoraba. Me recibió encantada con su hijo pequeño en los brazos. Acababan de ser padres. De felicidad se subían por las paredes. Lo primero, la ducha. Después de las noches con los Free Train Riders, enemigos jurados de todo líquido que huela a agua, necesitaba arrojarme en la bañera, ahogarme en un lago de espuma blanca. Me tomé mi tiempo. Salí nuevo. Comimos, hablamos de Dios, de Jesucristo, de América, de Europa. Luego salí a despedirme de la Luna y las estrellas. La casa era enorme, como la inmensa mayoría de las casas del Sur estaba construida en madera. Comparado con el precio de las casas en Europa aquí en América las casas están regaladas, la propiedad viene con un patio a su alrededor suficientemente grande para levantar un campo de fútbol. Entre ciudad y ciudad median cientos de kms, hay tierra para dar y regalar. A los Americanos del Sur les encanta esa Independencia sin soledad, esa autonomía sin enemistad, vivir al lado pero sin molestar. Me enseñaron mi habitación, me eché en la cama, cerré los ojos y dejé que este capítulo se cerrara. Mañana sería otro día. Baste a cada día su afán.

## CAPITULO 11

Despedirse de la buena gente es siempre un placer. Los Americanos del Sur lo primero que cogen es el coche. El coche son sus piernas. Viven en el Paraíso y trabajan en el Infierno. Hablar por hablar. Quiero decir, se desplazan a diario incluso a cientos de kms hasta llegar a su lugar de trabajo. No tienen trenes y los buses son para los peques. Lo tienen asumido desde que nacen. No



protestan. O trabajan o mueren. En Europa trabajas o cobras un subsidio. Dos mundos nacidos de la misma madre, hermanos divididos por una ideología antiamericana, lúgubre y macabra. Mi anfitrión quiso llevarme a la A10.

“Ya sé que estos no son los Bosques Rojos, *my friend*, pero como si lo fueran. Todavía tengo un mes por delante y no tengo prisa por llegar al avión”.

Comprendió. Y así fue. El Sur está para abajo, el Norte para arriba, el Oeste a la derecha y el Este a la izquierda. Todo lo que necesitaba saber de él. Lo que necesitaba saber tenía más carne. ¿Qué iba a hacer? ¿Iba a coger el avión o me aventuraba a permanecer y darle la vuelta a los USA? El avión siempre podría reatraparlo en Nueva York. Me pedirían un suplemento por posponerlo. Se vería a su tiempo. ¿Qué hacer? Echarte a andar, ¿por ejemplo?

Y así lo hice. Vagué todo el día por un territorio verde, fresco, vivo. De vez en cuando un coche me adelantaba unas millas a alguna parte más al Sur. Mi alma estaba como ausente. La decisión que me rondaba por el cuerpo se negaba a dejarme. No era moco de pavo. Los dólares que aún tenía en Méjico podrían permitirme un mes tranquilo. Aquí en los USA en un par de semanas estaría a cero. ¿Cómo iba a sobrevivir entonces? Del otro lado, ¿regresar a Europa no sería un acto de inconsciencia? No todos los días puede coger uno el avión y pasar de un continente a otro como quien va del bar a casa. Uf, la decisión no era fácil.

Esa noche fue mágica. De carretera en carretera local esa tarde acabé no tenía ni idea dónde. Tampoco tenía sueño; el firmamento me miraba expectante. ¿Se irá, se quedará?

La Luna vestía su Manto Blanco. Andando a su luz por la carretera de repente me metí en una nube de estrellitas pequeñas como abejas. Luciérnagas. Jajaja. No pude evitar reírme de alegría. Me rodeaban. Era una sensación maravillosa. No me tenían miedo, no se iban. Me paré en medio de ellas. Fueron unos minutos. Minutos que nunca viviría en Europa. ¡Cuántos minutos de esos me perdería! ¿Cuántas maravillas dejaría de conocer por miedo a no tener un dólar en el bolsillo? ¿Acaso en América no vale la ley de los pajarillos y los lirios?

Fue una noche intensa. Al alba, me levanté con la decisión sellada. Me quedaba. De ese día en adelante pondría mi viaje en las manos de Dios.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

20/03/2020

Zaragoza